

## IDEAS SINTESIS DE ALGUNOS PROBLEMAS GENERALES DE ETICA

DR. ISMAEL DIEGO PÉREZ  
México

**ELEMENTOS DE ÉTICA.** La Ética es una rama de la Filosofía que se ocupa de los actos morales. En toda filosofía o sistema filosófico hay siempre una conclusión ética o unas normas morales aplicables a la conducta del hombre. Recordemos aquel pensamiento de Manuel Kant al decir que hay dos verdades en el hombre: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral en su corazón.

Las ramas de la filosofía son la Lógica, o las leyes del pensamiento, la Psicología, o conocimiento del alma humana, la Ontología o el conocimiento del ser en su interpretación universal, y la Estética, o el conocimiento de la belleza en las diferentes bellas artes.

La Ética tiene una jerarquía importante como rama de la filosofía. Podemos conocer todas las ciencias que el hombre ha descubierto en la naturaleza, en la especulación intelectual o en el espíritu, pero todo el saber nada vale si el hombre no tiene una conciencia moral.

Los hombres, cualquier hombre, desde el momento que nace, tiene derechos, y si no se los dan, debe exigirlos a los otros hombres que forman la sociedad. Pero la sociedad debe exigirle al hombre —a su vez— el cumplimiento de deberes y obligaciones.

La Ética puede ser material y formal. La material es el cumplimiento de los actos morales libres y deliberados. La formal son las leyes teóricas que justifican los actos morales. Sin el acto moral ni la sociedad ni el individuo podrían vivir. El acto moral es lo mismo que la salud en el cuerpo físico. Si el cuerpo está enfermo debe curarse, y si no lo hace, en corto o en largo plazo, las células y tejidos de ese organismo le llevan a la muerte.

La falta de actos morales lleva forzosamente a la ruina del hombre y de la sociedad.

En la Ética hay una estructura moral y con contenido moral. La Ética tiene relación con la Antropología y con la Psicología. La relación con la primera está determinada por los factores hereditarios recibidos de los padres o de los antepasados. Y del medio o de la circunstancia en que el hombre viva.

La influencia de la Psicología sobre la Ética se determina por las experiencias vitales, que pueden hacer del hombre un triunfador o un frustrado. De aquí la importancia de la educación moral.

El psicoanálisis, fundado por Sigmundo Freud, ha asegurado que conocidas las condiciones de creación de un niño o la gestación en la madre, puede determinar en gran parte cuál será su futuro destino. Naturalmente que a estas condiciones habría que añadir las circunstancias morales de la persona, sobre todo en el proceso de evolución de la personalidad, desde la niñez a la mocedad.

*Significado de la Ética.* La palabra Ética se deriva del griego *ethos*, que significa carácter, y del latín *mos*, que significa costumbre.

En todo carácter hay siempre una costumbre. El carácter se forma por los actos morales a lo largo del tiempo y forman la personalidad moral del hombre. Es frecuente confundir el carácter con el temperamento, pero tienen distintos significados. Con el temperamento se nace o se muere. El carácter se aquilata a lo largo de la vida y puede cambiar de un período a otro.

Cuatro son los temperamentos aceptados por la Biología, clasificados por vez primera por el médico Huarte de San Juan en el siglo XVI y confirmados por Mendel posteriormente. Estos temperamentos son sanguíneo, linfático, nervioso y colérico.

El Ethos constituye una segunda naturaleza, la naturaleza que el hombre se ha formado o adquirido, de la misma manera que recibe una primera naturaleza física y mental con el nacimiento.

En todo carácter hay actos morales que lo forman y hay costumbres.

Algunos filósofos de la Ética suelen llamar a esta ciencia Filosofía de la Costumbre. El Ethos es la estructura unitaria y concreta de la personalidad moral.

Los actos morales se encadenan con los hábitos morales y se generan por repetición de actos morales. Comprendemos así la enorme importancia psicológica de los actos morales, pues ellos determinan nuestra vida moral, contraen nuestra libertad y a veces nos inclinan a determinados actos morales de modo inevitable.

La costumbre moral es un cierto modo de naturaleza. La presencia del pasado es mucho más fuerte que el presente y en la educación tienen principal importancia los hábitos morales. Por eso el talento se forma en el es-

tudio, pero el carácter se adquiere en la experiencia, con frecuencia dolorosa, de la vida.

El problema del conocimiento es un problema de hábitos mentales y los que niegan tener memoria están cometiendo una falsedad. Si no tuvieran memoria, ¿cómo hubieran podido retener los miles de palabras de su idioma nativo?

Igual que la memoria es la voluntad, o las distintas facultades del entendimiento. El llamado genio no es siempre nativo y cuando lo es, se dan condiciones no bien determinadas en Biología.

En general, la formación del genio es más bien un proceso de voluntad y de entendimiento. En lengua inglesa se define así: "Genius is in infinity for taking pains". O infinita capacidad de fijar detalles.

Existen tres conceptos en el conocimiento de la Ética: el modo ético de ser, los hábitos y los actos.

Los hábitos se engendran por repetición de actos y el modo ético de ser o el carácter personal, se adquiere por los hábitos morales. Actos, hábitos y carácter constituyen el objeto material de la Ética.

Hay actos del hombre en cuanto tal, que son actos libres y deliberados. Y actos provocados por causas naturales, ajenas a la Ética, en las que se comprenden las representaciones sensibles, como la presencia de un toro bravo nos obliga a la huida por el temor; o bien son actos irresponsables que cometemos a la ligera o por precipitación de nuestras decisiones y que son más bien faltas de aquietamiento de la razón, de armonía interior o de un modo ético adquirido con firmeza.

El Cristianismo considera que no constituyen falta los movimientos desordenados por impulsos ajenos a la voluntad. En el concepto cristiano el hombre puede salvarse del pecado si está asistido por la gracia divina. Pero requiere una vigilancia que se convierta en hábito y prevenga todo movimiento desordenado antes de que aparezca.

En la vida civil, sin consideración de la moral religiosa, tiene la misma aplicación y procedimiento. El carácter moral da fortaleza al hombre para no realizar actos inmorales. El Psicoanálisis de Freud dice que la Psicología de la moralidad se fundamenta en un buen manejo del subconsciente. Hacer el subconsciente consciente es la tarea de la educación.

Si el subconsciente no es bien manejado o dirigido, puede crear catástrofes morales, irreparables, como la de un doctor que había visto siendo niño la muerte de un hermanito de menor edad, en un paisaje nevado.

Cuando se graduó el doctor tenía frecuentes ataques de cólera, sobre todo al ponerse la bata blanca. La bata blanca le recordaba a su hermanito muerto en un paisaje nevado.

Si el subconsciente es manejado con conocimiento científico de sus tendencias puede dar lugar a grandes obras de educación o a obras duraderas de la inteligencia. Por eso los educadores deben conocer psicoanálisis y ayudar a sus alumnos para formar su personalidad.

Los actos morales pertenecen al autor que los ejecuta con responsabilidad, y el autor tiene unos hábitos morales o una historia personal que gravitan sobre sus actos o decisiones.

*La vida psicológica y la personalidad moral forman el conjunto de la vida espiritual.* Conocidos los antecedentes de una persona puede determinarse cuál es su vida moral.

En la consecución de los fines de los actos morales, lo primero es desearlos y lo segundo es el gozo de la consecución de esos fines. La elección es siempre una decisión para determinar los medios. El consejo de otros fortalece nuestra elección y cuando conseguimos los fines nos asiste la complacencia o la delectación.

El trabajo mental de que la persona se reconozca en sus actos conscientes, afina cada vez más nuestros deseos y nuestros logros, produciéndonos una vivísima satisfacción. En esta tarea de los actos morales ha de intervenir siempre el entendimiento y la voluntad.

El acto voluntario es efectivo, cuando se procede reflexivamente o por medio de la razón. Pero no siempre ocurre así. Descubrir la esencia de la voluntad es descubrir la naturaleza del deseo.

Querer realizar un acto de voluntad que lleve a la consumación del acto moral, no es una realidad, ni tampoco la intuición, como un aspecto del acto, frente a la plena realización, ni es tampoco la elección de los motivos.

Querer significa apetecer y amar, o deleitarse en lo querido, con los medios para la consecución de los fines. La esencia de la voluntad es la fruición; todo acontece en función de la fruición.

El acto moral, en su consecuencia última y verdadera, es una "simpatheia", que en lengua griega y en nuestro idioma significa padecer o sentir con otro, porque el otro padece o siente.

Significa que cuando nuestro prójimo está alegre, nos sentimos alegres, y cuando nuestro prójimo está triste y desalentado, nos sentimos tristes y desalentados.

Realizado un acto moral significa que nos acercamos a la plenitud del ser moral, o un estado que todos debemos desear. Si amamos, nos hacemos amantes, si hacemos justicia, nos hacemos justos.

El verdadero acto moral es la plenitud del amor y la justicia, y aunque no se realice en su plenitud por nuestra limitación humana, hay algo que se decanta y permanece en nosotros. Y cuando el hombre llega a la apropiación

de sus actos morales, a lo largo de su existencia, es cuando alcanza su más profunda realidad moral.

Hemos dicho que el objeto material de la Ética son los actos morales y todos estos actos se unifican en una realidad ética más profunda, dando como resultado el carácter o el ethos. El carácter es la tradición de los hábitos y el acto moral es la actuación o la acción cumplida. La persona tiene un modo de ser en la bondad y en la maldad.

Toda persona es en su constitución bondadosa y la maldad es una enfermedad mental; todo proceso de realización moral es una plenitud de la bondad y una eliminación progresiva o rápida de la maldad.

*Varios conceptos del carácter.* El concepto del carácter que tomamos de la Ética, tiene el mismo sentido que el tomado en la Psicología médica. El carácter en la Psicología representa una actitud mental bien definida y el carácter en la enfermedad biológica es lo que llaman los médicos los síndromes patológicos.

La Filosofía en general se levanta sobre el ethos humano. El hombre es el creador de todas las ciencias, artes y filosofías, y las ciencias, artes y filosofías se hacen para el hombre.

Un matemático imprime sentido matemático o carácter matemático a todo lo que investiga y crea. Isaac Newton, el descubridor de la Gravitación Universal, decía que el Universo está escrito en lenguaje matemático.

El hombre de ciencia establece sus fundamentos científicos en su pensamiento o en sus relaciones sociales. El abogado verá al mundo como una ordenación de leyes jurídicas que rigen todos los actos humanos. El astrónomo verá constelaciones siderales, en que los astros corren siempre sin precipitación y sin descanso. Y el poeta verá en el cielo luces líricas o de emoción amorosa.

Cada hombre ve el Universo según su formación mental, pero el Universo tiene sus propias leyes, con independencia de las interpretaciones que los hombres le den.

La Filosofía se levanta sobre el ethos o sobre el carácter moral de la humanidad. Hay filosofías que establecen la moral en la utilidad económica o en la utilidad moral. La utilidad económica será la función del comerciante y la utilidad moral implícita en todo acto moral.

El acto moral, en el concepto cristiano, es un modo de ser de la persona, de tal manera que el hombre ofrece actos morales, lo mismo que el manzano da manzanas y el viñedo da uvas.

Para otros filósofos es la moral una morada o una estancia. La morada o estancia es el lugar donde creamos día a día el edificio íntegro de nues-

tra personalidad moral, que en la casa se reposa y toma nuevas fuerzas para cumplir invariablemente un destino moral.

La Filosofía de los griegos antiguos y de los romanos, llamada estoica, cuyo principal representante fue el español Séneca, que escribió en lengua latina, fundamenta la moralidad en la ausencia de necesidades.

Cuanto más es el hombre capaz de vivir, dentro de la mayor sobriedad, es tanto más libre. Las necesidades son un monstruo que levantamos día a día y cada vez nos hacemos más esclavos. La libertad es la ausencia de necesidades vanas. El filósofo romano Epicteto, esclavo en la Roma precristiana, fue sometido por su señor, un patricio romano, a la mayor crueldad: le cortó una pierna para ver si su esclavo se quejaba y Epicteto contestó: podrán dañarme en mi cuerpo físico, incluso matarme, pero mi espíritu es libre y nadie podrá dañarlo.

El filósofo Arturo Schopenhauer asegura que el carácter moral es congénito con el hombre. La experiencia solamente sirve para conocer ese carácter, pero no para modificarlo. Este filósofo confundió el carácter con el temperamento. Lo que se llama carácter adquirido no es otra cosa que conocimiento de nuestro carácter inteligible.

La Filosofía no está constituida por los hábitos y los actos morales, sino solamente por el carácter congénito.

El filósofo Bourker dice que todo acto moral deja una huella en el carácter y los hombres nacen con cuatro potencias: entendimiento, voluntad y apetitos concupiscible e irascible.

Estas cuatro potencias entran en el acto moral y cada hombre adquiere en el curso de su vida una estructura y un contenido moral, diferente de los actos morales en cada situación.

La personalidad moral del hombre está constituida por la añadidura de hábitos morales a sus potencias ingénitas. El ethos no es un concepto práctico, ni se manifiesta ni se modifica directamente, sino por medio de los actos y hábitos morales.

Así se constituye la Ética en una ciencia práctica, al reconocer que por los hábitos descubrimos el Ethos.

*Vivencia de los actos morales.* El objeto material de la Ética se constituye por los hábitos, los actos y el ethos humanos. Pero un acto, un hábito o un carácter se han de prolongar toda la vida, porque una golondrina no forma verano. El objeto de la moral sería la vida en su unidad temporal. Los hombres vivimos en el tiempo, que es la medida de la existencia. Sin existencia no habría tiempo, de la misma manera que la sombra no sería posible si no hubiese cuerpos que la proyectasen. Con la ausencia de todo

cuerpo físico, desaparece la sombra. Y lo mismo es el tiempo en la vida de los seres, especialmente el hombre, porque tiene consciencia del tiempo.

Los animales tienen su tiempo, pero no tienen consciencia del mismo.

Es muy frecuente escuchar a los hombres que pasa el tiempo, pero en realidad somos los seres los que pasamos por el tiempo.

Ya dijimos que el tiempo es la medida de la existencia y en el tiempo se forma el carácter del hombre. Al término del tiempo o de la vida moral existen creadas dos posiciones: A) los que creen en una vida trascendente; B) los que creen que al término del tiempo ha cesado su vida y lo único que les cabe es que su obra moral se haya cumplido.

La vida es la suma de los actos y de los hábitos morales que forman la totalidad de la existencia. Podríamos preguntarnos: ¿cómo entender la vida en su unidad de sentido? ¿Cómo alcanzar su significado?

Existen dos caminos o maneras de entender la vida: A) realmente, B) vivencialmente.

La realidad es el ethos o el carácter donde se decanta y permanece ese fluir y pasar que es la vida. Insistimos siempre en el ethos o carácter, porque la formación de la personalidad moral es una adquisición de nuestra vida.

La vivencia se adquiere por dos clases de actos: discursivos o por medio de la razón, intuitivos o por medio del sentimiento. Los discursivos hacen referencia a todas y cada una de nuestras acciones, de la vida entera, al fin último o sentido de la vida.

Por los actos intuitivos se descubre la unidad de la vida; estos actos intuitivos son síntesis de la realidad o definiciones del conocimiento.

Podrá admitir la siguiente comparación para mejor comprender el sentido de los actos discursivos e intuitivos, en el sentido de la investigación de la ciencia. Un investigador científico puede pasarse veinte años investigando una rama del saber y lo hará por medio del análisis intelectual o por medio de la razón; es el acto discursivo. Pero su obra no tendrá sentido si no hiciera una síntesis o una ley general, en un día, en una semana o en un año, lo que en veinte años había analizado y la capacidad de síntesis es en gran parte intuitiva.

En la vida moral, los actos intuitivos son los que dan la perspectiva, el panorama de toda la vida en un breve momento. Por eso los actos intuitivos son privilegiados, en la profundidad que con ellos se alcanza. Algunos filósofos de la moral les llaman el instante, la repetición y el siempre.

El acto privilegiado sería la hora de la muerte. El instante es la eternidad en el tiempo, un descenso de lo infinito a la existencia finita.

Para el creyente en la trascendencia toma la forma del éxtasis o de la contemplación místicas. Para el no creyente será únicamente la unidad de su

conciencia moral en el tiempo. La Filosofía llamada existencialista de Martín Heidegger ha hecho un análisis de la existencia concreta y su análisis ha sido exhaustivo, pero el término de la existencia en el tiempo físico no tiene otra solución que encontrar después de la muerte un mundo de fantasmas, en que el hombre se halla inerme y desamparado. Nace en él el sentimiento o la intuición de la nada, por el temor y la angustia de lo desconocido e incognoscible.

Martín Heidegger pretendió analizar la existencia concreta, para después crear una segunda parte que sería la Filosofía trascendente, pero él mismo se había encerrado en una jaula de hierro de donde no podía salir. Y confesó públicamente que no escribirá esa segunda parte de Filosofía trascendente, porque no puede hacerlo con las bases que ha creado en el análisis de la existencia concreta.

Para Heidegger es el término de la vida en el tiempo un encuentro con la nada y la angustia. Podrá entrever el hombre entonces la idea de Dios, pero no es posible, porque sería lo mismo que un hombre con pretensiones de entrar en un palacio, cerrándose él mismo las puertas y encontrando el frío silencio de una inasible realidad.

El final de la vida está en la memoria, según Bergson y expresada en el libro llamado *Tiempo y Memoria*. La memoria es en realidad el recuento de los actos morales, con esa misma consciencia de unidad que hemos estudiado en el instante. La memoria es un almacén de recuerdos o de vivencias que alumbran o señalan los caminos de la vida moral.

El filósofo Zubiri lo encuentra en el siempre, o una suma de ayer y de hoy, o de los actos realizados en el pasado o en el presente; todo es uno y lo mismo. El hombre toma conciencia de sus actos morales en el tiempo, o una suma constante de la vida moral positiva. El siempre es una vez por todas, el fundamento de los cambios temporales y el ahondamiento en sí mismo, en las entrañas puras de la conciencia.

Cuando no tenemos sentido del siempre, vivimos pegados a las cosas temporales o accidentales y nos perdemos en el fluir de la vida, lo mismo que las aguas de un río corren siempre.

El ethos termina con la muerte y entonces empezamos a hacer definitivamente lo que hemos querido ser, bien en el triunfo o en la frustración.

Si el triunfo se ha logrado, el hombre considera su vida en plenitud, y si hay frustración, siente la falta de lo que no ha vivido, de lo que ya no puede vivir; el hombre es el orfebre o el destructor de su propio destino.

El hombre proyecta, se propone, se esfuerza y afana en el tiempo; todo en el ser humano es siempre proyecto, en el niño que quiere ser joven y en el hombre que aspira a realizar sus ambiciones. Pero el hombre dispone de

un tiempo limitado para realizarse a sí mismo y formar su dualidad ética. Cada hombre tiene su tiempo propio y su destino propio. El ethos es temporal. La historia no es un ciclo cerrado, un eterno retorno, como dicen los hindúes, sino una realización en su tiempo y sólo en su tiempo.

Los conceptos de oportunidad o de momentos propios son esenciales en la vida moral. Cada hombre tiene su hora y su plenitud.

La perfección es cualitativamente distinta, no sólo para cada persona, sino para cada oportunidad y para cada tiempo.

Hay oportunidad para el niño, con los ojos abiertos a la realidad del mundo; sus células y tejidos, su metabolismo orgánico están siempre en combinación de crecimiento y su instinto primario lo lleva a la transformación o a la superación constantes.

Hay oportunidad para el joven, con su entusiasmo y su anhelo. El joven vive en proyecto o en ambición permanentes. El hombre que no aprovecha la juventud, pierde la vida, lo mismo que el que pierde el día, pierde la noche.

Hay oportunidad en el hombre maduro, tomando conciencia del sentido de lo posible y de que en la vida es cuestión de paciencia.

Hay oportunidad en el viejo o aceptación y fidelidad del pasado vivido. El hombre sin pasado interesante y lleno de experiencias, tiene al término de su vida una sensación de vacío.

En la tarea de la enseñanza no cuenta el niño supranormal, que suele apagarse pronto, lo que interesa es el niño normal, que tiene el desarrollo apropiado a las distintas edades de su vida.

En la vida moral, el carácter se forma a lo largo de actos y hábitos morales. Un hombre que surgiese con un hábito moral ya formado sería inconcebible, porque la formación del ethos es el resultado de la lucha, del esfuerzo, y a veces del dolor, a lo largo de la existencia.

El filósofo Séneca decía que nuestro tiempo es limitado y nuestras oportunidades, y en esto nos diferenciamos de los dioses.

*Los actos morales y el psicoanálisis.* Freud descubrió en el hombre que había tres dimensiones en el orden moral. La primera es el super-ego, que es el juez moral, ordenando y dirigiendo todos los actos humanos.

El superego no viene con nosotros en el nacimiento, sino que es una fuerza moral profunda a lo largo de las experiencias de nuestra vida. El super-ego es como una voz de la conciencia que nos manda siempre obrar con rectitud, y aunque alguien nos influya para actos desordenados, el superego se resiste y sólo en casos de embriaguez o de ira, podemos perder la conciencia del superego y obrar actos desordenados. Pero después de haber realiza-

do estos actos, nos vienen estados depresivos, que si se prolongan, pueden frustrar nuestra vida personal y profesional.

Otras veces es otro superego que actúa sobre nuestro propio superego. Así, por ejemplo, un padre riguroso que enseña a su hijo una moral rígida e inflexible. Entonces el hijo tiene necesidad de una catexis o descarga moral. Generalmente, el hijo para liberarse del superego del padre, tratará de ser lo contrario de lo que le han enseñado y será como una necesidad moral para descargarse del peso que le agobia. Pero la presencia del padre estará siempre con él aunque su padre haya muerto y también los actos morales que haya realizado contrarios al padre y esa lucha le creará un estado de angustia y de ansiedad. Pongamos un ejemplo. Un joven en estas condiciones en que el superego del padre pesa en su propio superego y que su educación moral fue de una grave seriedad religiosa, odia el matrimonio de la Iglesia, porque el padre siempre le impuso la autoridad de la Iglesia. Se une en relaciones amorosas con una joven, pero detesta el casamiento, porque le trae el recuerdo de su padre. Nace un hijo y le tiene una gran adoración, pero detesta a la madre, porque la madre representa la confirmación del padre, que quiere obligarle al casamiento religioso, y en el hijo ve la continuidad de él mismo y que puede ser víctima de otro superego semejante. Su adoración del hijo, va unida a un sentimiento patético de protección.

Descubierto en este joven, por la catexis, la causa de su ansiedad y de su angustia, le produjo un estado de desolación y tristeza.

El superego manda al ego la rectitud moral y el triunfo. El ego es la segunda dimensión, en la plena actualidad de la conciencia; es todo lo que vivimos cada día y el ego es cambiante como son cambiantes nuestras vidas. Pero los actos que seguimos por medio del ego, pasan después de la experiencia o de la actualidad de cada día a la subconsciencia, que es donde se almacenan todas las ideas y las experiencias vitales que hemos vivido.

Si el ego no logra el triunfo y no alcanza la rectitud moral, empujado hacia los actos desordenados, entonces el ego está frustrado y puede caer en depresiones morales, que pueden llevarle en algunos casos hasta el suicidio. Si el ego está frustrado en todos los órdenes, bien sea amoroso o bien en negocios, personal y profesional, no encuentra solución a su futuro y cree que no sirve para nada; es frecuente oír que se tiene mala suerte, cuando en realidad la buena o la mala suerte la creamos nosotros mismos. Podrá ocurrir que una persona tenga más medios en sus circunstancias de poder triunfar que otra, aunque los medios favorables pueden ayudar, pero no son bastante para dar el triunfo a un hombre. Los medios pueden ser desfavorables, pero el hombre, cualquier hombre, es la medida más alta de todos los

seres de la creación. El hombre, aunque sean sus medios desfavorables, puede tener el mismo triunfo que la otra persona de medios favorables y aun superarla.

El genio del hombre no reconoce estados sociales y viene con el nacimiento o puede formarse con una gran voluntad de trabajo.

Todas estas experiencias del ego son cambiantes y pasan por estados de entusiasmo y depresión, pasando después al subconsciente.

La historia de un hombre está escrita en su subconsciente. El ego puede cambiar y pasar de un estado favorable a otro desfavorable, pero el superego es como la luz permanente de nuestra personalidad y de donde sacamos todos los recursos morales para la dignidad y la grandeza del hombre. El ego es la prueba diaria de cómo podemos aplicar los mandatos del superego.

El ego es como una pequeña esfera y el subconsciente es como una gran esfera; el ego representa nuestra vida en cada momento y el subconsciente es toda nuestra vida desde la infancia hasta que morimos.

El subconsciente manda al ego las motivaciones de la vida en su totalidad, de la misma manera que puede decirse que los pueblos sin historia no tienen futuro. La subconsciencia es el pasado antiguo y la actualidad es revivir el pasado. Podríamos explicar lo mismo del proceso del pensamiento. Las ideas surgen en el hombre por lo que ha experimentado en sí mismo y lo que ha aprendido de las ideas ajenas o del fondo de ciencia y sabiduría que nos ha legado la humanidad en miles de años de experiencia o de investigaciones.

Las ideas pueden surgir también en el pensamiento del hombre por reflexión propia, perfeccionando lo sabido con nuevas ideas originales. El pensamiento será más completo cuanto mayor sea su experiencia personal o el medio culto en que se desenvuelva.

La subconsciencia es el tejido de una tela complicada que ha costado muchos años de elaborar.

El subconsciente, aunque está dormido, puede manifestarse en la conciencia por medio de diversos estímulos. Freud dice que nuestra vida moral está en gran parte condicionada a los actos reprimidos o no realizados y la causa general que determina el estado de enfermedad mental en el hombre es la libido o el motor sexual que mueve todos los actos en el hombre. Para despertar esos sentimientos que se han quedado guardados en la subconsciencia, puede lograrse por medio de los sueños. En el estado de vigilia estamos preocupados por multitud de atenciones diarias y no somos conscientes de nuestro mundo subconsciente; en el sueño todas esas vivencias

despiertan y se nos presentan en forma de símbolos. Los símbolos son las ventanas que hemos de abrir para explicar el sueño.

Citemos un ejemplo. Una señora de unos cuarenta años tuvo un sueño. Como buena mujer tenía una necesidad afectiva. Soñó que un palomo llegaba junto a ella y se ponía junto a su hombro; ella llevaba una mascada que le cubría la cabeza y hacía un viento muy fuerte. El palomo quería quitarle la mascada con el pico, pero ella se resistía, porque el viento era muy fuerte y la iba a despeinar. Como el palomo seguía con la misma terquedad, ella se vio obligada a asirlo por las patas y golpearlo contra una piedra. Le partió el cráneo y el palomo sangraba, manchándose sus plumas blancas. Ella comprendió que se vio obligada a la violencia, pero al mismo tiempo estaba apenada por la muerte del palomo.

En este sueño se ven claramente los símbolos amorosos. La sangre es la maternidad, la mascada es el pudor de la mujer que el palomo trata de burlar. Las plumas blancas son la virginidad de la mujer, manchadas de sangre. La mujer mató al palomo, porque decía que los hombres eran vanidosos, creídos y jactanciosos y no podía admitir que un hombre se burlara de ella, pero al darle muerte sintió compasión y estaba muy dolida de ver al palomo fenecido.

En esta mujer había un deseo afectivo, pero su experiencia le había hecho desconfiar, incluso odiar a los hombres. Estos actos reprimidos a lo largo de su juventud la llevaron a la violencia.

El subconsciente manda al ego las motivaciones de la vida en su totalidad. El subconsciente es la experiencia pasada que con el ego cobra actualidad. El sistema de Freud provocó una revolución en el orden de las ideas e influyó en la literatura, en la psicología y en las artes en general.

El descubrimiento más importante de Freud fue el subconsciente. Para darnos una idea de cómo opera en nuestra personalidad el subconsciente, podemos afirmar que con frecuencia somos invadidos por fuerzas interiores y exteriores. El poder del pensamiento o de las ideas que aprendemos, de las gentes que conocemos, del cine, de la televisión, todo contribuye a formar en nosotros una superpersonalidad. Pero estas ideas o experiencias no siempre las hemos asimilado bien y nos crean dudas o ansiedades. Este sentimiento de angustia, de agobio, por lo que aprendemos diariamente, rápidamente, difícilmente nos podemos curar. Son las llamadas neurosis en que sufre el hombre contemporáneo. Y pensamos como Freud que la solución está en el subconsciente, pero son pocas las personas que lo advierten dentro de ellas. El hombre es un vendido o un derrotado, pues hemos sido invadidos, como una ciudad ha sido invadida por un ejército.

El hombre que excepcionalmente está dotado de una mente luminosa, co-

mo si Dios se la hubiese dado y no a los demás hombres, goza del *Poltergeist*, o el duende que juega, significando que hay en el hombre un subconsciente luminoso, que con su mente puede alcanzar fenómenos físicos, llamados milagros. La explicación de esta facultad, aplicable solamente a pocos, justifica la presencia del *Poltergeist*, que es un rico subconsciente, pero que Freud no explica con suficiencia.

Ser fiel a los mandatos del superego es lograr el triunfo del ego o de la personalidad y ser un *Poltergeist*, en una dimensión suprahumana. El triunfo de la personalidad está en manos de cualquier hombre o de cualquier mujer que sepa cumplir los mandatos del superego en el ego.

CARLOS FEDERICO JUNG. Los actos morales y el inconsciente.

Jung fue un discípulo de Freud que encontró otra explicación del hombre, aunque tomando en cuenta algunos supuestos amorosos de Freud. Dice que en el hombre existe la huella de una mujer que llama "ánima" y que en la mujer hay una huella del hombre, llamada "ánimo". Jung va buscando la realidad y la relación de lo masculino y de lo femenino, para conocer la constitución y las reacciones recíprocas del hombre y de la mujer, como una virtud compensadora.

El término compensación no hay que perderlo de vista en toda la teoría de este psicólogo. Sin duda partía Jung de especulaciones antiguas, en las que el hombre y la mujer o lo masculino y lo femenino explican en gran parte el quehacer de la historia y del hombre, que es el protagonista de los hechos. Las investigaciones actuales de Pedro Caba sobre la Metafísica de los sexos humanos, han dado un nuevo resplandor original a esta idea antigua.

Jung se aparta de Freud, pero parte de él. Para Freud es el inconsciente el juego de los impulsos que tienen su origen en la incoscienza del pasado; lo espiritual no existe sino en función de su vida anterior. Freud construye una psicología sin alma y Jung levanta una psicología con alma.

Jung se inspira en las intuiciones del hombre primitivo o en el concepto mágico de algunos pueblos que viven todavía en una etapa inicial de su cultura, como los indígenas australianos o los negros de África.

El inconsciente es el alma del pasado, de todo el pasado humano. El hombre que vemos en las ciudades, manejando un automóvil, tiene el inconsciente del hombre primitivo, aunque su apariencia sea de un hombre civilizado; sus reacciones profundas tienen el mismo sentido de agresión que cuando vivía en la selva. Sus reacciones están ocultas por una educación de años o por un temor de ser castigado por las leyes, pero cuando se le presenta la ocasión violenta, en que sus fuerzas de inhibición no pueden contenerse, este hombre actúa con la ferocidad de las gentes primitivas.

En todo ser humano hay un inconsciente personal y colectivo, aunque de ello no nos demos cuenta y que configura nuestras creaciones culturales o artísticas. El inconsciente personal nos viene de nuestros antepasados familiares. Hacer consciente el inconsciente es la obra de la cultura, que refina nuestros instintos, nuestros sentimientos y nuestra inteligencia, en lo que tienen de rica experiencia del pasado, depurándolos por el saber consciente en actos morales positivos y eliminando los negativos.

El inconsciente colectivo lo heredamos con la estirpe o la cultura de nuestra raza predominante o de los mestizajes que hayan formado nuestra personalidad. Y es que en el mundo todo tiende al mestizaje. La idea de una raza pura es un fraude político, porque no hay razas puras y la calidad del hombre se da más en el mestizaje que en las pretendidas razas puras.

Lo que fueron nuestros antepasados colectivos, somos nosotros, aunque depurados por la cultura siempre creciente de la humanidad.

El alma tiene para Jung doble constitución: lo psíquico y lo espiritual. De lo segundo no podemos conocerlo ni captar su esencia. De ahí las contradicciones para ponerse de acuerdo en lo que es el espíritu. Lo psíquico o el alma es real, con la misma evidencia que es nuestro cuerpo físico. El alma es como un soplo vital que anima nuestro cuerpo, da brillantez a nuestros ojos, movimientos a nuestras extremidades y anima en el hombre la función sublime de la inteligencia, de la inducción científica y de la generalidad filosófica.

En este conocimiento del alma se funda la Psicología y por el conocimiento del alma podemos determinar los actos morales. Para determinar los actos morales es necesario que conozcamos los actos del alma, en las diferentes experiencias de la vida o el encuentro con ideas que hemos aprendido de los otros en los otros o las ideas que hemos generado en nuestra propia mente.

El mejor medio de expresión del alma lo encontramos en los sueños. La forma mejor de descubrir nuestras vivencias interiores es dejar dormido el cuerpo; entonces se nos descubre el cuerpo de nuestra vida anímica y podemos encontrar las fuerzas de compensación que necesitamos para el equilibrio de nuestra personalidad.

Existe una técnica de los sueños que consiste en encontrar los símbolos para explicar lo que vivimos o lo que deseamos vivir.

En Freud son los complejos luchas de fuerzas instintivas. Para Jung son fuerzas morales en la naturaleza misma de la psiquis inconsciente.

Para Freud, el sueño es la realización de un deseo erótico. Para Jung es una función moral compensadora. Siempre soñamos aquello que deseamos ser, aquello que en el pasado no fuimos, constituyendo para nosotros una frustración.

El sueño es la representación simbólica del inconsciente. No olvidemos nunca en Jung el término inconsciente y la función moral compensadora; no es el juego de los instintos, como en Freud, sino el complejo de las fuerzas morales que actúan en la vida psíquica.

El concepto inconsciente devuelve al sujeto a su propia vida, que no había encontrado hasta entonces y experimentado como una tendencia de alejarse de sí mismo, y cuando más se alejaba, menos se encontraba, puesto que la solución estaba en las fuerzas morales de compensación.

Conciliar el yo y el ello es buscar la compensación. El yo es la persona y el ello es el inconsciente colectivo. El hombre cuando nace tiene una mentalidad de grupo, que en el curso del tiempo logra emanciparse de esta mentalidad, en un proceso personal de individuación, para adquirir una mentalidad personal. La mentalidad del grupo es inconsciente colectivo de su raza o de su cultura, de la que nunca puede desprenderse en su totalidad, ni debe desprenderse, pero el proceso de individuación le hace ser más personal y darle una categoría diferente con los otros miembros del grupo, que también pertenecen al mismo inconsciente colectivo.

Todas las enfermedades neuróticas o psicopáticas son siempre una discordancia entre los sujetos y su personalidad profunda, que es lo que ha vivido o ha deseado vivir. Esta idea de conciliación como fruto de la conciencia y del inconsciente infinito del alma, es el tema central de la teoría de Jung.

Las neurosis y psicosis actúan siempre simbólicamente y hay que conocer el significado del símbolo, acudiendo a la intuición mágica del hombre primitivo. El hombre civilizado está ciego en general para conocer las realidades de la intuición y el hombre primitivo tiene los ojos abiertos ante la naturaleza y sabe poco, pero lo que sabe es verdadero.

Todos los pueblos han tenido representaciones simbólicas, desde los jeroglíficos egipcios, el alfabeto fenicio, el arte de los indígenas mexicanos o la metáfora en el lenguaje del hombre civilizado. O en las ideas plásticas con las que expresamos nuestro pensamiento o la expresión de nuestra alma.

No hay expresión de las ideas si no hay expresión simbólica. La idea pura no puede ser expresada. Por eso afirma Jung que el espíritu no es determinable en su esencia. Igual sucede con la matemática, que se expresa en simbolismos de números, de cantidades, de letras o de otros signos convencionales. La matemática pura, al decir de sus grandes investigadores, no pueden saber si están pisando la realidad o si están delirando en la especulación.

Jung busca también un simbolismo, con el que pueda interpretar los sue-



ños y establecer la conciliación entre el yo personal y la personalidad profunda.

Existen dos tipos de personas, las que tienen conciencia a través de las emociones y las que tienen conciencia por contemplación interior. Las primeras son extravertidas y las segundas intravertidas. Las emotivas se manifiestan con espontaneidad y con sincera actitud ante la vida; las intravertidas lo hacen con premeditación, cálculo y reserva.

En los dos tipos existen cuatro tipos psíquicos, en los que dominan el pensamiento, el sentimiento, la intuición o la sensación.

Las intravertidas manejan el pensamiento y la intuición y las extravertidas manejan el sentimiento y la sensación.

Como una compensación, el hombre serio busca formas de humor; es como el rocío fresco sobre las plantas secas por la acción solar. Si la planta no recibiese el rocío o la lluvia, acabaría por secarse. Y en el hombre que solamente es serio, acaba por secársele el alma y suelen ser personas hurañas, malhumoradas y gritonas, que nadie puede soportar. Desconfiemos de las personas que nunca ríen. Por eso el humor es saludable y es una forma de compensación moral para el hombre triste, porque la tristeza es siempre una enfermedad mental, revelando que algo incompleto se ha producido en esa persona y hay que llevarlo con formas de humor por compensación. Los humoristas de genio hacen mucho bien a los pueblos.

Pero hay hombres que hacen reír a los demás y ellos tienen una gran tristeza. En la ciudad de Nápoles actuaba el cómico Carlini. Durante días y noches el teatro estaba lleno y las multitudes reían a carcajadas. Un doctor de Nápoles recibió la visita de un enfermo, el que le dijo que quería curarse de una melancolía invencible. Examinado el caso, el doctor le aconsejó que fuese a ver a Carlini; pero el enfermo contestó: Carlini soy yo.

En las dos teorías, la de Freud y la de Jung, existen estas dos diferencias. En Freud es una teoría clínica, tratando de curar enfermos de la mente por reacciones físicas, y en Jung es educativa y moral. El hombre incompleto en el orden moral, hay que hacerlo equilibrado y completo.

Otro de los grandes temas de Jung son los complejos de inferioridad y de superioridad. Hay pueblos que tienen complejos de inferioridad lo mismo que los individuos y otros pueblos tienen complejos de superioridad.

El complejo de inferioridad es una visión equivocada de sí mismo y del mundo. Unas veces el complejo de inferioridad está basado en hechos reales temporales, pero que se pueden superar; todos los individuos y todas las razas, teniendo una constitución normal, son iguales unos a otros. Lo que cambia es el mayor o menor progreso intelectual, por las oportunidades que hayan tenido en su desarrollo histórico.

El pueblo alemán tiene complejo de inferioridad y le ha hecho buscar un complejo de superioridad, dando un nivel elevado de progreso científico y técnico. El hombre que tiene complejo de inferioridad y aspira a superarlo, puede convertirlo en complejo de superioridad.

*La felicidad por el bien.* Aristóteles distinguía dos clases de bienes, los que se buscan por causa de otros y los que se buscan por causa de sí mismos. Todos los hombres deben hacer el bien para otros, porque el bien ajeno es su propio bien. Los dirigentes políticos de las naciones pueden hacer un gran bien a la comunidad de hombres y en esto debe consistir la función de gobernar. El investigador de la ciencia pone el progreso científico al servicio de todos los hombres. Pero cualquier hombre puede realizar el bien en mayor o en menor escala, porque sin el bien realizado en otros, no es posible la sociedad. La finalidad del hombre es la realización de actos morales que llevan bienes a los demás. El hombre debe realizar también el bien de sí mismo y cuanto más grandes sean los bienes recibidos, tantos más bienes puede dar a los demás. Si el hombre no da los bienes recibidos a otros, es como una fuente que tiene tapada su fluencia con piedras y lodo y el agua sin fluir se corrompe.

La moral es una apropiación tanto de virtudes como de vicios. El bien no es concebible sin la existencia del mal, porque el mal que se realiza es otra razón del bien, y muchas veces la realización del mal reporta bienes. Podría aplicarse aquel pensamiento de Goethe en su obra Fausto, haciendo decir a Mefistófeles o el nombre simbólico del demonio, estas palabras: "Yo soy el que queriendo obrar el mal, obra siempre necesariamente el bien".

El hombre que sólo es bueno, no es del todo bueno, porque la existencia del mal le obliga a buscar el bien, de la misma manera que entre dos caminos, uno oscuro y otro luminoso, elegimos el luminoso y desechamos el oscuro. El hombre que es sabio, nada tiene que aprender, pero el hombre no es sabio y aspira a serlo; es el principio del descontento o de la rebeldía, ansiando siempre una mayor perfección.

Si el hombre es bueno o malo solamente, no es ni bueno ni malo. Somos siempre algo en oposición a otro algo que no somos, y en la ciencia toda afirmación es una negación. No puede establecerse ninguna ley sin la existencia de otra ley con la que podamos compararla, bien para hacerla más firme o para negarla. En todos los casos el hombre debe proponerse siempre la realización del bien, como un camino ascendente de perfección.

La moral es una apropiación, tanto de virtudes como de vicios, porque cuando nacemos nuestra alma es como un papel en blanco donde nada se ha escrito y nos vamos apropiando, por la libertad de pensamiento, las virtudes o

los vicios, es decir, nuestra vida se llena del contenido que hemos querido darle.

Los hombres que apetecen el mal, lo hacen en razón del bien, porque lo estiman bueno. Muchas veces la elección del mal es porque creemos que elegimos el bien y la experiencia nos demuestra que estuvimos equivocados, con frecuencia sintiendo el dolor de nuestro error.

A nadie se le regala el bien, sino que es fruto doloroso de la experiencia del mal, que nos hace comprender entonces el bien. Para que se diera San Agustín, fue necesario que antes se diera el maniqueo.

La intención interna es el bien, aunque en la realidad sea el mal, sin que nos lo hayamos propuesto.

Podemos poner felicidad en esto o en lo otro, teniendo la seguridad de que si producimos la felicidad en obra, entonces la intención fue buena y el acto bueno. Otro caso es cuando deliberadamente se hace daños a otro y hay intención perversa de producir el mal. En este caso la intención era mala y el acto es malo. El que se prodiga en el mal acaba por hacerse daño a sí mismo, porque la finalidad profunda del hombre es siempre realizar el bien.

Todo aspira a la felicidad y en nosotros existe en potencia toda la felicidad humana; la estructura del hombre es siempre felicitante.

El hombre proyecta siempre su felicidad, y si no lo consigue, es porque los medios morales empleados han sido malos.

Hay dos errores importantes en la busca de la felicidad. Si tomamos la felicidad como una fortuna exterior, como una suerte o como un destino. Y si la tomamos como un estado puramente subjetivo o un sentimiento psicológico de la felicidad.

El filósofo Arturo Schopenhauer dice en su libro *Parerga y Paralipomena* que al hombre se le puede considerar en tres aspectos: lo que aparenta ante los demás, lo que los demás se representan que es y lo que es en realidad. Este último aspecto es lo que le trae al hombre una permanente y verdadera felicidad, porque lo que es, es lo que ha aspirado a ser y lo ha realizado, cumpliendo su destino en su totalidad. Puede aparentar que es rico, y si es pobre, él mismo se engaña. Puede creer que es inteligente, y si no lo es, aunque aparente o engañe a los demás, se está comportando como un necio. En cambio, lo que es en mayor o menor medida, inspira siempre el respeto de los demás y éste aparece como prudente o sabio, porque la sabiduría no consiste en saber mucho aprendido, sino en saber poco o mucho, pero propio y original.

En el sentido de la Ética, estas dos felicidades de Aristóteles tienen dos errores, porque si buscamos nuestra felicidad en la acumulación del dinero

o de otros intereses materiales, corremos peligro de perderlos y perder nuestra felicidad. El dinero o las cosas materiales se tienen o se pierden, en el capricho cambiante de la sociedad o de la fortuna. En el segundo error o en un estado puramente subjetivo, sin relación con los otros o con la sociedad, corremos peligro de que nuestro estado psicológico cambie por hechos mentales o hechos materiales que no habíamos sospechado.

Solamente podemos encontrar la felicidad, buscándola por causa de otros, lo mismo que por nuestra propia causa, porque el hombre nacido no es para la soledad, sino para la comunidad asociativa. Podríamos preguntarnos: ¿cuál es entonces la vía o camino para alcanzar la felicidad?

Aristóteles asegura que la vida entera es como una pirámide de medios y de fines. En la base de la pirámide coloca los bienes que no se buscan para sí mismo, sino siempre para otros; en lo alto de la pirámide coloca la vista, la inteligencia, el gozo, el honor que se ha buscado para sí mismo o el supremo bien. Coloca los bienes por causa de otros en la base, porque son mayores los bienes en cantidad por causa de otros, y coloca los bienes por causa de sí mismo en la altura de la pirámide, porque los bienes son de mayor calidad para sí mismo.

Este bien supremo es perfecto, porque siempre se busca para sí mismo y nunca para otro; los otros deben buscar también la perfección en calidad para lograr los bienes supremos. Nadie puede llevar la felicidad a otro, porque cada hombre debe buscar su propia felicidad, de la misma manera que no podemos pensar con la cabeza de otro, sino con nuestra propia cabeza, ni caminar con los pies o las piernas de otro, porque el mayor mérito consiste en que cada hombre se baste a sí mismo y busque su propia perfección. En esta realización individual de los actos morales radica la felicidad.

Esta concepción de fines y medios reposa en propósitos discursivos y de conciencia de la voluntad y expresa esa felicidad de carácter único o esa inclinación que es constitutiva de cada hombre para encontrar el bien y desterrar el mal.

La felicidad consiste en la propia felicidad individual, porque nadie puede ser feliz por otro.

La felicidad no puede ser exterior al hombre por dos razones: a) porque no se daría esa apropiación íntima y necesaria a la que aspira nuestra naturaleza espiritual; b) porque el bien perfecto debe ser autosuficiente o no necesitar de nada ni de nadie.

El último fin del hombre consiste en una energía y esta energía se entiende como teoría y como práctica, como propósito y como acto. Aristóteles le llama praxis a la teoría convertida en ejercicio o en práctica, porque práctica

es lo que se hace o se practica y el fin supremo de la felicidad será *Eu-praxis*, que literalmente significa el excelente cumplimiento de la práctica.

La palabra felicidad en el sentido religioso hace pensar en algo beatífico, pero esto es ajeno a la vida terrena y no todos los hombres buscan esa felicidad. La felicidad en el orden terreno es el cumplimiento de los fines por causa de sí y por causa de otros.

El suicida no puede buscar la felicidad en el suicidio, porque eso constituye un acto inmoral. Ya dijimos que cuando el hombre nace está desnudo de mente y de cuerpo físico; todo lo logrado es el fruto de una experiencia moral en la realización del bien y las oportunidades de su vida pueden ser incontables. Al cometer el suicidio él mismo se ha frustrado, porque una situación desesperada puede traerle otra situación esperanzada. El suicidio es la muerte de las oportunidades y el hombre como posibilidad ha terminado. El suicidio es el asesinato de toda posible felicidad y la frustración definitiva de toda una vida y el cese de la proyección de un destino.

Hay que distinguir claramente la beatitud de la felicidad; la beatitud trasciende el orbe moral del hombre y se ocupa de la felicidad como algo asequible a determinados hombres. La felicidad es siempre estar en situación, pero toda situación es pasajera, cambiante; el hombre debe entrar en una situación con el ánimo dispuesto de entrar y de salir a otra situación. Es salir de una situación para entrar en otra del mejor modo posible, o buscando la perfección en cada situación. Si la situación es desgraciada y si las salidas están cerradas, incluyendo las salidas religiosas, porque no se tiene fe, el hombre puede ejercitar un acto, en sí malo, que sería el suicidio, pero sería el mejor bien posible, dentro de su desesperada situación; lo sería para él, pero no lo sería para la moral, porque su muerte no le permitía ejercitar los actos morales. En la muerte cree encontrar el suicida equivocadamente una salida a su desesperanza.

En la felicidad todos los hombres buscan el mayor bien y el menor mal, pero la felicidad es una posibilidad de apropiación de lo mejor. Nos apropiamos o hacemos propios aquellos bienes que antes no nos pertenecían y que han entrado a formar parte de nuestro ser felicitante.

Dr. Juan Alfonso Reyes  
Catedrático de Filología Clásica en  
la Universidad de Nueva York

## Sección Segunda

### LETRAS

Una de las figuras más importantes de la obra de Alfonso Reyes es su aporte por los estudios críticos de la literatura y en el centro de una personalidad se encuentra el espíritu crítico por las profundas investigaciones que se emprenden en cada uno de los trabajos publicados en esta sección. En el presente número se publica el estudio de Reyes sobre el grupo de poetas españoles que se denominan "los poetas de la generación de 1927". Este estudio de Reyes sobre la crítica de la poesía española...

El estudio publicado en la revista "Luz" de México, el 15 de mayo de 1942, en el número 10, de la página 101. Este estudio de Reyes sobre el grupo de poetas españoles que se denominan "los poetas de la generación de 1927". Este estudio de Reyes sobre la crítica de la poesía española...